LA REBELADA

Homenaje a Federico García Lorca

Federico García Lorca se detuvo unos minutos para meditar. La miró tiernamente a los ojos, sujetó el ramito de flores en sus cabellos y sonriendo complacido fue acercándose con ella al escenario guiándola, suavemente aferrado a su codo derecho.

—No temas —le dijo—. —No olvides pronunciar gravemente tu nombre al presentarte. Así: MARÍA JO-SE-FA, lenta y solemnemente.

García Lorca insistía pronunciando ejemplarmente cada sílaba. —Ten presente que tendrás a tu cargo representar el papel de lo irremediable. Por la letra no te preocupes demasiado. Yo te guiaré cuando me mires dictándote. Lo haré como en secreto. Trata sólo de concretar la idea de lo que pretendes ser dejándote llevar por los sentidos y recuerda que cuando te des cuenta fascinada de que lograste convencer, yo, el autor, tu creador o como quieras llamarme, que en ese momento estaré a tus pies, subiré a abrazarte para decirte, estrechándote entre mis brazos, lo que sin duda te encantará escuchar. Te diré que sin ti no podré vivir más. Te diré que para que yo cumpla con con mi destino de ser el que sin duda voy a llegar a ser tendrás que renunciar a separarte de mi lado.

Al llegar a la boca lateral del escenario un suave envión la instó a ubicarse justo en el centro del mismo con la mirada atónita de él, su padre, su dios, clavada en su figura.

Él, inmóvil, fuera de ella, al costado. Él, quien hasta ese momento ubicado en el cenit de su alma había ejercido sobre ella el tiránico rigor con el que quedara esclavizada a la letra de la obra en función de la cual cobraba sentido y justificación su ser.

Esclavizada hasta hoy, se dijo rebelándose. Sólo hasta hoy.

Enceguecida por las luces pero sin inmutarse, tal el grado de su seguridad, inició su parlamento pero esta vez a su manera.

—Prohibido, prohibido, prohibido. Cuando yo era joven todo lo bueno, lo placentero, lo hermoso estaba prohibido. Los besos largos, las caricias en los pechos, los abrazos apretados, los revolcones, los pensamientos... Y estaba tan prohibido que comenzamos a desear ser grandes, adultas, para no comernos las uñas y poder tener un hombre escondido acurrucado y totalmente perdido entre las cobijas; el que al toque helado de patadas enérgicas producidas por nosotras con el único fin de calentarnos estuviera dispuesto no sólo a eso, calentarnos, sino a hacernos morir embravecidas sumergidas en el idílico debate, enardecido fruto de las fricciones del amor.

Y deseamos tanto hacernos grandes que lo fuimos, muchas antes de tiempo, empeñadas en programar nuestro futuro o mejor dicho programándonos para empeñar nuestro futuro que parecía estar ahí, muy cerca nuestro, proyectando una larga figura de nosotras para inducirnos a error, merced a la ayuda de alguna lámpara cómplice, sugestivamente dispuesta a iluminarnos desde abajo.

Y lo fuimos. Fuimos grandes sin pensar ¡Cómo pensarlo! Que los grandes ya no juegan. Que los deberes en su escuela son tan difíciles, su cumplimiento tan pesado y la disciplina allí tan rigurosa que, lamentablemente sin notarlo, perdiendo poco a poco la energía como para que se cumpla inexorablemente en ellos eso de "La función hace al órgano" dejan todos de mirar. Primero a los ojos, luego más allá. Dejan de abrazar; dejan de moverse con soltura, dejan de mostrar y de admirar, dejan de soñar acomodando la ternura en un paquete al que esconden entre las cobijas sin que ningún sueño de patadas heladas logre desarmarlo. Y con ese empaque perfecto, ubicado más allá de sus cuerpos, en la cama, encanecen, engordan, se llenan de callos plantales, de dolores verdaderos y falsos, de sentimientos día a día menos inquietantes para sí y de resentimientos, día a día más fastidiosos para los otros. Algunos hasta pretenden disimular las arrugas, obligándoles a estas a sumergirse nuevamente en la carne. Arrugas que, sin embargo, casi siempre consiguen desquitarse irrumpiendo por los ojos, por la boca, por la nariz o por las orejas...

Ahora sabemos. ¿Cómo no haber sabido antes? Antes. Como para no haber tenido que sentir jamás la necesidad de utilizar el recurso de derramar verdades vertiéndolas por boca de una mujer demente. ¿Cómo no haber sentido todo antes? Como para haber podido poner antes en tela de juicio las normas de las que dependió por mucho tiempo la existencia de nuestra virtud? La femenina virtud.

Ahora lo sabemos. Por eso Pilarica yo, María Josefa, yo, entiéndeme bien, tu bisabuela, la madre comprensiva de Bernarda Alba... Y todo un personaje como ella. Un poco maltratada por su sino, el de representar lo irremediable: el acatamiento a un comportamiento impuesto en nombre del orden, por demás hipócrita, o la aceptación de algo similar: ser tomada por demente siendo cuerda, para poder proclamar grandes verdades, te pido por favor que no dejes que me encierren. Permíteme que me muestre a tus jóvenes amigas con las flores prendidas en mi pelo como mi amor me las colocó un día. Déjame que imagine que sostengo un gran ramo de jazmines con mis manos. Déjame jugar a que ya soy eternamente joven como para no tener ganas de pensar en el amor. Ah... Y sólo una cosa más. Que nunca sepa tu madre, ni tu abuela, lo que te he confiado en secreto porque mis escapadas, resbalando suavemente por entre las páginas, sorteando los espacios y las letras o los peligros como los de este instante, en imprudente actitud no pueden ser causal de reprimenda ni de castigo, ni de simple alusión o comentario y si alguna vez vuelves a verme encerrada no quiero que le digas a nadie que sé como escaparme de mi celda porque si lo haces seguramente no me dejarán en paz tratando de reforzar los medios para mantenerme enterrada viva como pretenden hacerlo todavía con alguna de ustedes.

Escucha este poema:

Reniego de las vírgenes que amamantan ovejas
Dios preñe a las mujeres valiéndose del fuego
que incita a los varones para formar parejas.

AMANDA PATARCA M.